

La táctica de infantería y sus fundamentos materiales (1700-1870)

Federico Engels
¿1877?

(Tomado de Federico Engels, *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring Anti-Dühring*, en *Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels – EIS*, páginas 242-246.)

En el siglo XIV la pólvora y las armas de fuego llegaron a ser conocidas en la Europa Central y Occidental, y cualquier escolar sabe ahora que estos adelantos puramente técnicos revolucionaron todo el arte militar. Esta revolución se desarrolló, sin embargo, muy lentamente. Las primeras armas de fuego eran muy primitivas, sobre todo los arcabuces. Y a pesar de que muy pronto fueron descubiertos muchos perfeccionamientos parciales (el cañón de ánima rayada, la carga por la recámara, el cierre de cerrojo, etc.), pasaron sin embargo más de 300 años antes de que fuera creado, a fines del siglo XVII, un fusil apto para el armamento de toda la infantería.

En los siglos XVI y XVII la infantería estaba formada en parte por infantes armados de picas, en parte por tiradores. Al principio el cometido principal de los piqueros consistía en atacar al arma blanca en el momento decisivo del combate; el fuego de los tiradores les servía de protección. Por eso los piqueros se batían en masas compactas, semejantes a las de la vieja falange griega; los tiradores formaban de ocho a diez hombres en fondo, porque así, con este número, mientras uno cargaba el arma, los demás tenían tiempo para disparar sucesivamente uno tras otro. El que estaba preparado para disparar, corría al frente, disparaba y luego pasaba al último lugar, a fin de cargar nuevamente su arma.

El perfeccionamiento sucesivo del arma de fuego alteró esta proporción. Los fusiles de mecha se cargaban ya tan rápidamente, que para mantener un fuego ininterrumpido bastaban tan sólo 5 tiradores. De tal modo que la compañía de tiradores podía estar formada de 5 personas en fondo. Entonces, en consecuencia, era posible con el mismo número de mosqueteros que antes, cubrir un frente de longitud casi dos veces mayor que el anterior. En vista de que el fuego de fusilería causaba efectos particularmente desoladores en las espesas masas, los piqueros formaron entonces también en seis u ocho filas, y de esta manera el orden de combate se acercaba paulatinamente al orden lineal, en el cual la suerte de la batalla era decidida, pues, por el fuego de fusilería, y a los piqueros correspondía la misión, no de atacar, sino de cubrir a los tiradores de la caballería. Al final de este período los órdenes de batalla estaban formados por dos destacamentos y una reserva. Cada destacamento formaba en línea, compuesta en los más de los casos de seis filas. La artillería y la caballería se situaban, parte en los intervalos entre los batallones, parte en los flancos. Además, en cada batallón de infantería, una tercera parte, como máximo, estaba formada por piqueros, y por lo menos, dos terceras partes por mosqueteros.

Por fin, al término del siglo XVII, aparecieron los fusiles de chispa con bayoneta, que se cargaban con cartuchos fabricados. Con esto, la pica fue eliminada definitivamente del armamento de la infantería. Se exigía menos tiempo para cargar el fusil, y el fuego más rápido podía ya servir de protección a sí mismo; la bayoneta, en caso necesario, sustituía a la pica. A consecuencia de esto fue posible reducir de seis filas a cuatro la

profundidad de la línea de combate, que más tarde se redujo a tres y en algunos lugares, finalmente, hasta a dos hombres en fondo. De modo que con una misma cantidad de hombres la línea se extendía cada vez más en longitud, y cada vez era mayor la cantidad de fusiles que entraban simultáneamente en acción. Pero con esto, tales líneas alargadas y tenues se volvían cada vez menos capaces de maniobrar, podían desplazarse en orden de combate sólo en un terreno llano, allí donde no encontraban obstáculos y así y todo muy lentamente, avanzando de 70 a 75 pasos por minuto; y precisamente en la llanura era donde estas líneas resultaban más vulnerables para la caballería enemiga, la cual podía atacar con éxito, especialmente contra los flancos. En parte para proteger estos flancos, en parte a fin de reforzar la decisiva línea de fuego, toda la caballería fue retirada a los flancos, así que la verdadera línea de combate, en el sentido real de esta palabra, quedaba constituida solamente por infantería con sus ligeros cañones de batallón. Los cañones pesados, extraordinariamente rígidos, quedaban situados en los flancos, y durante todo el tiempo de la batalla no podían cambiar de emplazamiento más de una vez. La infantería formaba en dos destacamentos cuyos flancos se cubrían con infantería dispuesta en ángulo, así que todo este dispositivo venía a constituir un cuadrilátero muy alargado y vacío en su interior. Esta masa impotente en aquellos casos en que no se podía desplazar como un conjunto, se dividía solamente en tres partes: centro y dos flancos. Todos los movimientos de estas partes se reducían a tratar de sobrepasar y envolver al enemigo, avanzando para ello un flanco superior en número al enemigo, mientras el otro flanco se mantenía como una amenaza a fin de impedir al enemigo realizar un cambio similar de frente. El cambio del dispositivo de combate en el curso de la batalla exigía tanto tiempo y daba al enemigo la posibilidad de descubrir tantos puntos débiles, que semejantes intentos casi siempre equivalían a la derrota. El dispositivo inicial debía de tal forma mantenerse durante todo el curso de la batalla, y en cuanto la infantería entraba en combate, la suerte de la batalla se decidía con un golpe contundente. Toda esta forma de combatir, extraordinariamente perfeccionada por Federico II, venía a ser el resultado inevitable de la acción coincidente de dos factores materiales. Uno de estos factores era el personal: las tropas reclutadas por los príncipes, compuestas en parte por enemigos, prisioneros de guerra inscritos por la violencia en las filas del ejército; este personal estaba bien instruido, pero no se podía confiar mucho en él, y solamente el palo le mantenía en la obediencia. El segundo factor lo constituía el armamento: los rígidos cañones pesados y el fusil de chispa de caño liso, con cerrojo y bayoneta, capaz de disparar rápidamente pero mal.

Esta forma de combatir se empleó mientras ambos enemigos se encontraban en igualdad de condiciones con respecto al personal y al armamento. Y por eso a cada uno de los dos bandos le convenía sujetarse a reglas establecidas. Pero, cuando en América estalló la guerra por la independencia, contra estos soldados mercenarios, bien instruidos, aparecieron de pronto destacamentos de insurgentes que, ciertamente, no sabían desfilar, pero que en cambio disparaban magníficamente, en su mayor parte disponían de fusiles de precisión y, como se batían por su propia causa, no desertaban. Estos insurgentes no daban a los ingleses la satisfacción de bailar con ellos, con paso corto y en campo abierto, el conocido minué de combate con arreglo a todas las normas de la etiqueta militar. Ellos atraían a su enemigo a la espesura de los bosques donde sus alargadas columnas de marcha quedaban indefensas contra el fuego de los invisibles tiradores dispersos armados en pequeñas guerrillas móviles, utilizaban cada uno de los abrigos del terreno para asestar golpes a su enemigo. Con esto y gracias a su gran movilidad, resultaban siempre inasequibles para las rígidas tropas enemigas. De tal modo, el fuego de los tiradores dispersos, que ya cuando la introducción del arma de fuego había desempeñado un

determinado papel, demostró ahora, en determinados casos, y precisamente en los pequeños encuentros, su superioridad sobre el orden lineal.

Si los soldados de los ejércitos mercenarios de Europa no eran aptos para combatir en orden abierto, su armamento era todavía menos apropiado para ello. Ciertamente que para disparar no era ya necesario apoyar el fusil en el pecho como hacían los mosqueteros de antaño con sus mosquetes de serpentina; los nuevos fúsiles se apoyaban en el hombro como ahora. Pero a pesar de todo, ni siquiera se podía hablar de hacer puntería, ya que, con la culata recta, que venía a ser una continuación del cañón, la vista no podía deslizarse libremente a lo largo de éste. Fue en 1777 cuando la culata angular del fusil de caza fue adoptada en Francia para el fusil de infantería, y merced a esto se hizo posible el fuego eficaz de fusilería. El segundo perfeccionamiento que atrae nuestra atención fue la cureña, más ligera y no menos sólida, construida para los cañones por Gribeauval a mediados del siglo XVIII: ello dio a la artillería una gran movilidad, condición que después vino a ser exigencia imprescindible para ella. El emplear en el campo de batalla ambos perfeccionamientos técnicos le fue reservado a la Revolución Francesa. Cuando fue agredida por la coalición europea, la Revolución puso a disposición del Gobierno a todas las personas de la nación aptas para combatir. Pero esta nación no disponía de tiempo para aprender en los campos de maniobra la táctica lineal en grado suficiente para estar en condiciones de hacer frente a la veterana infantería austríaca y prusiana en iguales formaciones de combate. Por otra parte, no solamente no existían en Francia los bosques vírgenes de América, sino que tampoco había los espacios prácticamente ilimitados para la retirada. Era necesario batir al enemigo entre las fronteras y París, se necesitaba por tanto defender un terreno determinado, y esto tan sólo era posible conseguir, en fin de cuentas, mediante el combate de masas y en campo abierto. Fue necesario, en consecuencia, encontrar, juntamente con los destacamentos de tiradores, otra forma con la que las mal instruidas masas francesas pudieran oponerse a los ejércitos permanentes de Europa con algunas probabilidades de éxito. Esta forma fue encontrada en la columna cerrada, la que bien es verdad se había empleado ya en determinados casos, pero las más veces sólo en desfiles y paradas. La columna era más fácil de mantener en orden que las formaciones lineales. Aun en los casos en que en la columna se producía cierto desorden, ella, a pesar de todo, como una masa compacta, ofrecía por lo menos resistencia pasiva; era más fácil de dirigir, se prestaba mejor a la dirección del jefe y podía desplazarse más rápidamente. La rapidez de marcha creció hasta cien pasos por minuto y aun más. Pero el más importante de los resultados consistía en lo siguiente: con la aplicación de las columnas como forma exclusiva para el combate de masas, se hacía posible subdividir el rígido y uniforme conjunto de las viejas formaciones lineales en partes independientes que recibían una cierta autonomía y capaces de aplicar una directiva general a circunstancias concretas. Cada una de estas partes podía estar compuesta por las tres armas y la columna se distinguía por su agilidad suficiente para permitir emplear el ejército en cualquier combinación posible; con ella se hacía posible utilizar las aldeas y los caseríos (cosa que había sido severamente prohibida por Federico II) que, desde entonces, se convirtieron en principales puntos de apoyo en cada batalla; la columna podía ser empleada en cualquier terreno. Y, podía, por fin, oponer a la táctica lineal, donde todo se jugaba de una vez sobre una carta, tal forma de dirección del combate, que mediante acciones de las guerrillas de tiradores y con la sucesiva entrada en acción de las tropas para prolongar la batalla, se fatigaba a la línea enemiga y en tal grado se la agotaba que por fin no podía resistir el empuje de las fuerzas frescas hasta entonces mantenidas en reserva. Y así como el orden lineal en todos sus puntos poseía una fuerza igual de resistencia, combatiendo en columnas el enemigo podía atraer la atención de una parte de la línea mediante un ataque aparente, poniendo en acción débiles fuerzas y concentrando

al mismo tiempo sus fuerzas principales para el ataque en el punto decisivo de la posición. Las acciones de fuego se llevaban ya a efecto preferentemente por guerrillas dispersas de tiradores, mientras las columnas se destinaban para el ataque a la bayoneta. Se establecía así una correlación análoga a la que existió entre las guerrillas de tiradores y las masas de piqueros a comienzos del siglo XVI, con la sola diferencia de que las columnas de nuevo tipo podían en cualquier momento desplegarse en guerrillas de tiradores, y estos últimos, a su vez, volver a formarse en columnas.

El nuevo método de combatir, elevado por Napoleón al más alto grado de perfeccionamiento, superó en tal forma al viejo, que este último sufrió un derrumbamiento definitivo e irreparable, después de que en Jena las rígidas y lentas líneas prusianas, en su mayor parte absolutamente inservibles para el combate en orden disperso, se fundieron literalmente bajo el fuego de los destacamentos de tiradores franceses a los cuales ellas podían contestar solamente con las descargas de algunas secciones. Pero, si el orden lineal de combate desapareció de la escena, no se puede decir lo mismo respecto a la línea como formación de combate. Algunos años después de que los prusianos escarmentaron en tal forma de sus líneas de combate, Wellington condujo a sus ingleses formados en línea contra las columnas francesas, y por regla general las abatía. Pero Wellington había tomado de los franceses precisamente toda su táctica, con la sola exclusión de que su compacta infantería formaba en las batallas no en columnas, sino en líneas. Con esto tenía la ventaja de poder emplear simultáneamente para el fuego todos los fusiles, y para el ataque todas las bayonetas. Tal orden de combate fue empleado por los ingleses hasta hace pocos años, lo que tanto en la ofensiva (Albuhera) como en la defensa (Inkerman) les dio la superioridad contra un enemigo que les superaba considerablemente en número. Hasta su muerte, Bugeaud, a quien correspondió encontrarse frente a esas líneas inglesas, las prefirió a las columnas.

Y con todo esto, el fusil de la infantería se caía de las manos de malo que era, tan malo que, con tal fusil, era raro el hacer blanco, a una distancia de cien pasos, en un hombre aislado, y en la de trescientos pasos, era asimismo raro hacer blanco en todo un batallón. Por eso, cuando los franceses llegaron a Argelia, los largos fusiles de los beduinos les causaban dolorosas pérdidas a distancias que para los fusiles franceses eran insuperables. A esto solamente podía ayudar el fusil rayado. Pero precisamente en Francia hubo siempre oposición contra la introducción del fusil rayado, aun en casos excepcionales, porque este fusil se cargaba lentamente y se ensuciaba con rapidez. Sin embargo, ahora, al surgir la necesidad de un fusil de carga fácil, inmediatamente fue satisfecha. Después de los trabajos preliminares de Delvigne apareció el fusil de Thouvenin y el proyectil expansivo de Minié; estos perfeccionamientos hacían que el fusil rayado fuera, en cuestión de recarga, similar al de ánima lisa. Así pues, desde entonces toda la infantería pudo ser armada de fusil rayado de largo alcance y de tiro preciso. Pero antes de que el fusil de cañón rayado y de carga por la boca llevara a la formación de una táctica apropiada a él, fue eliminado por un arma más nueva, el fusil de retrocarga, simultáneamente con el cual se iban perfeccionando cada vez más las cualidades de combate de los cañones de ánima rayada.

El sistema de la nación en armas, introducido por la Revolución, sufrió pronto sensibles limitaciones. Para el servicio en el ejército permanente se reclutaba, por medio de sorteo, tan sólo una parte de los jóvenes en edad de servicio militar, pero con una determinada parte de los ciudadanos restantes (unas veces mayor, otras veces menor), se formaba en el mejor de los casos una Guardia Nacional sin instrucción militar. O allí donde en forma efectiva y severa se aplicaba el principio del servicio militar general obligatorio, se formaba, a lo sumo, un ejército de milicias que se mantenía en filas tan sólo algunas semanas, como ocurría en Suiza. Consideraciones de orden financiero

obligaban a elegir entre la conscripción y el ejército de milicias. Tan sólo un país en Europa, y por cierto uno de los más pobres, intentó combinar el servicio militar general y obligatorio con la existencia de un ejército permanente. Éste fue Prusia. Y a pesar de que el servicio militar obligatorio en las tropas permanentes no fue observado severamente en ningún sitio (también a consecuencia de inexorables consideraciones financieras), a pesar de esto, el sistema de la *Landwehr* prusiana puso a disposición de su gobierno tal cantidad de hombres adiestrados y organizados en cuadros preparados, que Prusia tenía notable ventaja sobre cualquier otro país con un número igual de población.

En la guerra franco-prusiana de 1870 el sistema francés de conscripción fue vencido por el sistema prusiano de la *Landwehr*. Pero en esta guerra ambos bandos estaban también por vez primera armados con los nuevos fusiles de retrocarga, en tanto que los preceptos reglamentarios con arreglo a los cuales estos ejércitos marchaban y combatían, en lo fundamental eran los mismos que los de los tiempos del viejo fusil de chispa. En el mejor de los casos, las guerrillas de tiradores se hicieron algo más tupidas. Por lo demás, los franceses se batieron todavía con las antiguas columnas de batallón y a veces formaron también líneas, cuando los alemanes hacían, por lo menos, intentos de encontrar en las columnas de compañía una forma de combate más en correspondencia con el nuevo armamento. Así fue en las primeras batallas. Cuando en el asalto de Saint-Privat (18 de agosto) tres brigadas de la Guardia prusiana intentaron seriamente emplear estas columnas de compañía, se reveló la fuerza aplastante del fusil de retrocarga. De los cinco regimientos que tomaron parte más intensa en esta batalla (15.000 hombres), cayeron en el combate casi todos los oficiales (176) y 5.114 soldados rasos; en consecuencia, perdieron más de un tercio de sus efectivos. Toda la infantería de la Guardia que tomó parte en la batalla, con una fuerza de 28.160 hombres, perdió en este día 8.230 hombres, entre ellos 307 oficiales. Desde este momento la columna de compañía fue definitivamente condenada como formación de combate, lo mismo que la aplicación de las columnas de batallón o las formaciones lineales; en adelante, cualquier intento de exponer bajo el fuego de la fusilería del enemigo a un destacamento compacto, fue abandonado: el combate fue llevado por los alemanes con esos mismos espesos grupos de tiradores, en los cuales ya se transformaban espontáneamente las antiguas columnas bajo la granizada de los proyectiles enemigos, a pesar de que los jefes superiores luchaban contra ello como una violación del orden. Y de nuevo el soldado resultó ser más inteligente que el oficial; precisamente él, el soldado, encontró con su instinto la única forma de combatir bajo el fuego de la fusilería de retrocarga que se ha justificado hasta nuestros días, y la mantuvo con éxito, a pesar de la oposición de los jefes. Del mismo modo ha encontrado aplicación, dentro de la zona de acción del fuego mortífero de la fusilería, tan sólo el *paso redoblado*.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es